CREACIÓN

El pecado original

El tiempo en el edén era muy caprichoso, apenas unos días separaban el ordenamiento de las aguas con la llegada al paraíso de Adán y Eva.

Luego, tras ese proceso de creación vertiginosa sólo atribuible al Todopoderoso, los minutos dejaron de tener importancia, cayendo en un letargo de serena felicidad que se fundía con el conjunto.

Eso no significa que la vida, exuberante en todas sus manifestaciones, se detuviera. Constantemente estaban sucediendo cosas en el vergel, sólo que sin almanaque celestial me es muy difícil precisar si este hecho que ahora contaré, tuvo lugar al mes, al siglo o al milenio de haber nacido nuestros primeros padres.

Los dos se miraron sin dar crédito al encargo, a todas luces de milagro, pero tratándose del Padre Celestial la obediencia era obligada.

Una mañana, por situarnos en un momento concreto aunque la luz de la Gloria nunca se oculta, se presentó Dios ante sus hijos utilizando la hermosa forma de una zarza ardiente. Y con su voz profunda y cavernosa les comentó que le apetecía celebrar una cena para sus ángeles fieles.

Que con gusto la prepararía Él, pero como andaba liado con unas fallas que no quedaron todo lo ajustadas que hubiera deseado, y ya sabemos cómo derivan estas cosas después, había pensado que ellos podrían ayudarle con la tarea.

Por la bebida no debían preocuparse, el néctar y la ambrosía los traería de su bodega particular. En cuanto a las viandas, el jardín del edén estaba a su entera disposición con sus frutos delicados y hortalizas primorosas. Querubines y Serafines son de buen comer y cualquier alimento será grato a paladares tan amables como bellos...

Eva, porque no olvidemos que desde el principio de la humanidad los trabajos de última hora y mucho agobio les vienen cayendo a las mujeres, le respondió que estarían encantados con la misión y, por organizarse mejor, preguntó para cuántos comensales debía preparar el refrigerio.

-Entre Querubines, Serafines, Poderes, Dominaciones, Tronos, Virtudes y Principados..., calcula unos cuatrocientos mil ochocientos veintisiete -respondió el Señor con la dulzura del cascabel-.

Más viendo la palidez de la cocinera ante el número de asistentes, continuó:

-Pero cada uno traerá su asiento y la mesa la pondré yo en el último momento con un solo movimiento de este dedo.

Y levantando el pulgar a lo Nerón compasivo, se despidió de la pareja dejándoles la zarza en marcha para que guisaran sin tener problemas de combustible.

Los dos se miraron sin dar crédito al encargo, a todas luces de milagro, pero tratándose del Padre Celestial la obediencia era obligada.

Así se pusieron manos a la obra y mientras uno recogía patatas, berros y acelgas, la otra amasaba un pisto dándole forma de croquetas.

Prensaron bayas, pelaron espárragos, lavaron cogollos, desgranaron alubias y garbanzos que hicieron en puré. Asaron alcachofas, estofaron guisantes, saltearon espinacas, confitaron zanahorias y partieron en diez mil aros las cebollas.

Aceite de oliva virgen y vinagre de vino prieto, sacándole las gracias al comino, el perejil y la pimienta, además de otras hierbas aromáticas que brotaban fuera de la temporada natural.

El ingenio y la buena voluntad les salvó del apuro, con tal acierto, que de postre prepararon sorbetes de mora y vainilla para el aplauso general.

Tampoco faltaron los adornos en las bandejas, no olvidemos que la cuidada presentación levanta las cejas, de ahí que frieran flores de calabacín y las espolvorearan con canela, perfumando el ambiente de elegancia y distinción.

Lo peor del encargo no consistía en la abundancia de invitados ni en que la cocina se hallase en su fase más rudimentaria, sino en la ausencia de reloj. Pues, al desconocer la hora exacta en que debían estar preparados los guisos, tuvieron que ocuparse sin tregua y con la incertidumbre en el pecho de tener todo hecho en el momento adecuado, ni antes ni después.

Por fortuna acertaron con el punto de calor y cuando llegó la comitiva sólo se oyeron alabanzas.

Como había indicado la Divinidad, en un gesto la mesa quedó dispuesta con su mantel kilométrico de seda salvaje y cristalería musical.

Muy satisfecho dio una palmadita cariñosa a los cocineros y se sentó en el trono.

El matrimonio estaba reventado por el esfuerzo. Él apenas se sostenía en pie, por lo que se dejó caer al suelo balbuceando algo así como “tengo sueño”, y sujetándose las costillas por si acaso, se quedó dormido.

Ella por decoro se alejó del festín para tumbarse al abrigo de las miradas y, por esas cosas de la anatomía, una vez calmada y sin prisas, se le despertaron las tripas con un ansia canina.

Estiró el brazo y arrancó el primer fruto que tuvo a mano hincándole el diente con alegría, porque crudo y sin aderezos estaba sabrosísimo. Se había jurado a sí misma no volver a pelar ni siquiera un plátano.

Su marido que no acababa de soñar a gusto por el ruido que hacía la cuadrilla angelical, se levantó y buscó un sitio al lado de Eva, y viéndola comer sin necesidad de condimentar, se animó con ese manjar que devoraron a la par.

Como habréis adivinado ya, el árbol que lo daba no era otro que el único prohibido del jardín, ¡eso sí que es suerte aciaga!. Por el que no se deslizaba bicho alguno, si no es la culebrilla que se enrosca y atenaza las paredes del estómago y que se conoce en el mundo con el mote de hambre feroz.

Por el que no se deslizaba bicho alguno, si no es la culebrilla que se enrosca y atenaza las paredes del estómago y que se conoce en el mundo con el mote de hambre feroz

No insistiré en el final del relato, porque fueron otros los que lo escribieron a su conveniencia para la posteridad; aunque si hubiese dependido de mí, os doy mi palabra de serpiente diabólica, que este cuento se habría quedado abierto...

Herminia Dionis Piquero

Premio Modalidad B Narraciones Cortas 2006